

siempre de la observación, del pensamiento: «HALLO LA TRANSPARENCIA del aire en la sonrisa; hallo la flor que se desprende de la luz, que cae, que va cayendo, envolviéndose, cayendo por las rápidas pendientes del cielo al lado del blanco y agudo grito de los pájaros marinos». Para bajar al hombre de piel y sudor: «Desciendo a la profunda animación de la fábrica corpórea que opera como un denso vino bajo la lengua ligera...» Posteriormente, confluye el mundo en flor, en ilusión, con el corpóreo: «(Nuevamente el viento de mano extensa y pródiga, enamorada). Ventanas del sol doradas por la tarde, brillante dureza por la que unos ojos labran el silencio como un blanco mármol, desnudo e imperioso entre árboles y nubes». Este idéntico proceso sufre «Frente al muro», en el que también se refunde la naturaleza en sí y la poética con: «la piel, aquí, encarnada, en suaves círculos se aparta del cuerpo recóndito y dulce del estío» (aquí está implícito a su vez el alejamiento de la naturaleza). Y es la aparente fría disquisición la que sopesa la poesía y la vida: «Desnuda el aire. Prolijamente barre los dorados escombros, el polvo carminado de la flora; álzase y vuelve en fríos planos como una hoja reciente en la que alguien ha puesto una frase delicada». (Esto mismo se repite en el poema «Elegía»: «oh amor, has de ser guía certero del asesino / que ardientemente trabaja con un hilo de nieve / en torno de lo que ama.»)

Lo anteriormente compulsado da como resultado una simbiosis entre el hombre y la naturaleza y hace exclamar al poeta: «SOBRE LA RAPIDA ONDA del calor que hurga amorosa entre los pétalos como si en ella la vida recobrarse unos alegres dedos o un propósito tierno, atento estoy al amparo del césped húmedo, de la vid que ahora es este tonto trajín de los insectos, este vaivén inopinado de una flor y el amplio ruido urbano que de lejos me invita...» (Esta idéntica simbiosis se da entre el poeta y la lámpara en el primer párrafo de «Gravitación del retrato», pero la noche, como ya sabemos, confluye también con la luz y, por consiguiente, la noche por extensión se refunde con el poeta. No obstante, si llevamos hasta sus últimas consecuencias estos nexos, la noche confluye a la vez con la muerte, es decir, con el poeta, desencadenando así muchas asociaciones que nos llevan hacia la aventura de la otredad, de la trémula verticalidad de las esencias.)¹⁹

En «Árbol que eres un penoso relámpago...» se lleva a cabo el cuestionamiento de la naturaleza: «Ignoro otra mirada que no sea como un vuelo / reposado y profundo, ignoro otro pasado lejano, / *ola que fuese más clara que la vida en mi pecho. // Sepan que estoy viviendo, nubes, sepan que canto, / bajo la gloria confusa de la tarde, solitario.*» Es más: el «usuario mayor» llega a considerarla un engaño. En «No, todo no ha de ser ceniza de mi nombre, / ...», piensa: «Pero hay tantos siglos aún que se hacen árbol / para que mis ojos vayan tras la nube / y la nube me lleve hasta un horizonte de mentira.», ante la urgencia o resurgencia de que «todo no ha de ser un viaje sin destino, / dolorosa distancia sin poder alcanzarme, / piedra sin llama y noche sin latido.» En última instancia, en «Para qué el cielo...», reclama que frente «a la luna en

¹⁹ «... Esto es para mí la naturaleza: un ámbito vívido y redentor, un ámbito que permite poder expresar los hechos internos. Cuando uno habla de una hoja que cae en el otoño, se transmite algo que va más allá de una hoja que cae en el otoño, que es la caducidad de la propia vida. Y de esta manera la naturaleza nos está proveyendo —soy en particular muy sensible a eso— de sugerencias infinitas, y no tengo una actitud crítica, una distancia ante la naturaleza, sino al contrario, una actitud de comunión.»

el cielo, / la luz de la luna en las olas, / las olas en el mar, / el mar en mi corazón, / » existe «... otro mar distante / que no encierra mi corazón, / otras olas en ese mar, / otra luz de luna en esas olas, / otra luna en ese cielo, / y otro cielo.» Es decir, se impone frente a la afirmación del ser de la naturaleza, la afirmación del ser del hombre.²⁰

Ante esta resurgencia, sobre todo del ser del hombre, no puede dejar de preocupar a Sologuren la muerte, los enigmas de la vida.

El tema de la muerte que empieza ya con *Detenimientos* y termina su trayectoria de indagación en *La Hora*, es muy vasto y nos impele sólo a tratar aquí algunos de sus matices, debido a que su proyección es también totalizadora. En nuestra búsqueda de su desarrollo, consideramos que desde un punto de vista global el autor parte ²¹ de una muerte ideal, imaginada, utópica, unas veces, pasando por una muerte filosófica otras, *hasta llegar*, asumiendo la certeza de que todo se construye y va en camino hacia la muerte y de que ésta es otro estadio de la vida, *a una muerte que se hace evidentemente tangible*, a la vez que se pregunta «si sobre esta carroña inmensa / se erigirá al hombre del futuro». Podemos concluir entonces que en la obsesiva indagación sobre Thánatos que atraviesa toda su obra y que asimismo es otro de sus firmes pilares, la

²⁰ La razón del por qué estamos anotando aquí algunas de las respuestas del diálogo literario que tuvimos con Sologuren es porque somos partidarios de que el lector pueda confrontar el comentario del crítico con los criterios del autor en cada tema en cuestión. Las respuestas siempre han sido más extensas de lo que citamos en estas páginas y, por consiguiente, sólo estamos acotando hasta ahora trozos de una conversación de treinta páginas.

En el tema de la naturaleza, en el apartado del posible alejamiento del poeta frente a la naturaleza, el diálogo fue el siguiente:

«Cabrera: Pero en esa comunión, se puede dar un acercamiento, una simbiosis con la naturaleza unas veces, como tú lo admites, y, en otros momentos, un alejamiento, una desmitificación de la misma, ¿no?»

»Sologuren: ¿Cómo cuál, por ejemplo?»

»C.: En el poema No, todo no ha de ser ceniza..., tenemos la impresión de que el poeta considera a la naturaleza un engaño. En estos versos: "Pero hay tantos siglos aún que se hacen árbol / para que mis ojos vayan tras la nube / y la nube me lleve hasta un horizonte de mentira", ante la urgencia o resurgencia de que "todo no ha de ser un viaje sin destino, / dolorosa distancia sin poder alcanzarme, / piedra sin llama y noche sin latido."

»S.: Pero te das cuenta que, en ese poema, que es una búsqueda de la propia identidad y de la propia salvación o rescate del destino, me valgo de la naturaleza para poder expresar justamente estos hechos dramáticos de esa busca. "Hoja a medio podrir en labios del otoño", se dice por ahí. Justamente la hoja, el otoño, la putrefacción, son hechos naturales. Entonces, he recurrido a ello para poder expresar ese estado de rechazo, pero no a la naturaleza, sino a no ser algo pasajero. Es un valerse de los emblemas, de las sugerencias que ella ofrece, para expresar esa hazaña de permanencia, y evitar en lo posible la transitoriedad.

»C.: Y cuando el poeta reclama, en Para qué el cielo..., que frente "a la luna en el cielo, / la luz de la luna en las olas, / las olas en el mar, / el mar en mi corazón, / ... /" existe "otro mar distante / que no encierra mi corazón, / otras olas en ese mar, / otra luz de luna en esas olas, / otra luna en ese cielo, / y otro cielo.", se impone frente a la afirmación del ser de la naturaleza, la afirmación del ser del hombre. ¿Podría ser esto también un rechazo de la naturaleza, o de ninguna manera?

»S.: Yo no lo veo así. Sencillamente lo que encierra es la expresión tal vez de insatisfacción radical que hay en el alma humana, en este caso, en mi propio espíritu. Poseo esto, pero todavía hay algo más allá, y quisiera también ir a ese más allá.

»Esto que acabo de decir, se vería corroborado en estos versos de *La Hora*: "toda flor me lleva más allá / las estaciones se desplazan por mis venas / acaricio sin tregua el rostro natural"..."»

²¹ «Morir», Recinto, ..., Poema 2 de Cícladas y Recinto, *La Hora* (lo que está especialmente subrayado en el párrafo). *La Hora*.

realidad violenta del mundo moderno —la realidad social e histórica— se impone a la realidad poética, ontológica o metafísica.²²

El autor comprueba que «la voz de Vincent me está gritando al oído / que la miseria jamás acabará // pero repito // sin embargo no entierro la esperanza», y uno se pregunta de qué manera él ha llegado a ésta, si «la gota es evidentemente de sangre», si hemos vivido siempre una historia de muertes, según el poema *La Hora* u otros de su obra. Y la respuesta a esta interrogación se encuentra metamorfoseada poéticamente en las distintas metáforas que hemos venido estudiando hasta ahora y seguiremos viendo, que, en este poema, aparece como una intuición-reflexión concluyente, después de una treintena de años de vivencia interior de la realidad y de vivencia poética. Es más: la esperanza brota en Sologuren, como en Vallejo, como emergente de un contexto social, ya que detrás del reverbero sangriento está la siembra del labriego, su lucha a muerte contra la sequía y las lluvias torrenciales.²³

El extenso poema *Recinto*, que publicó por primera vez el autor en su propia e histórica imprenta de Chaclacayo, Lima, en 1967, es el único caso particular que resaltaremos aquí preferentemente. En este libro, el tema *leit motiv* es tanto la muerte inapelable («... la muerte cayó de arriba abajo con un puño / inapelable / ...») como la muerte precedera («decididos a extraer de cien mil / hojas secas el poema / ruido o palabra que fuera a quebrantar / la equívoca eternidad de la muerte / ...»). Y este «usuario mayor» para pasar de una muerte a otra se vale, para amenguar su encarnizamiento y su dolor, de las armas emocionadas de la poesía —como podemos deducir del segundo paréntesis citado—, de la juventud —que en Sologuren es sinónimo de vida—, del amor, e incluso del tiempo.²⁴ En la hora de la muerte son «desconocidos

²² «Seguramente. Yo creo que la terrible precariedad de la vida humana, llevada hasta límites catastróficos en la actualidad, por las guerras y todas las manifestaciones de la violencia, hace que el hecho de la muerte esté muy cercano a uno, cada vez penetrando más en la vida del ser humano. Porque no hay época más abocada a la muerte que la nuestra, a la muerte causada por el propio hombre. Porque si habláramos de cataclismos, siempre los ha habido y los sigue habiendo, pero no es el hombre el que los produce. Pero que el hombre precipite este hecho por su propia cuenta en destrucción de sí mismo es lo que me parece inconcebible. Y creo que efectivamente es la presión que este hecho impone, el que lleva a una mayor reflexión y sentimiento de la muerte.»

²³ «Pienso que no habría poeta, que no habría artista, si no anidara en ellos la esperanza. El hecho de escribir, o de hacer algo con pretensiones de trascendencia —no empleemos la palabra trascendencia—, es decir, de que algo llegue a otros seres para que los pueda elevar, hacer más sensibles y más conscientes de la realidad, es ya una esperanza indudablemente. No podría jamás separar la creación poética de una esperanza fundamental en el destino del hombre, en el destino de una plenitud en la vida humana.»

Insistimos: Aunque «la gota sea evidentemente de sangre».

«Aparte de eso. Teniendo muy en cuenta la historia: la violencia y las muertes provocadas por el mismo hombre no es cosa de ahora. Ya sea la historia bíblica, ya sea la historia sin más, nos está diciendo que el hombre es un ser terriblemente depredatorio y destructivo, pero justamente como hay consciencia de que las cosas son así, debe haber —al menos en mí la hay— la esperanza de que asumamos nuestro destino humano, en el sentido de superar estos hechos que nos limitan espiritualmente, que nos rebajan la condición humana muy por debajo de la propia vida animal. Como es sabido, los animales no atacan gratuitamente, no destruyen por destruir.»

²⁴ «Creo que es bastante significativo, y algunas de las cosas que observas me parecen justas también. En él, luego de escrito, he visto que en la destrucción de los pueblos, como fue el caso de Grecia, o concretamente de Troya, o del Imperio Incaico, hay una similitud entre la busca de la expresión del poeta al introducirse en el subconsciente para la revelación a través de la palabra con la del arqueólogo o el huaquero que se introducen en la tierra para rescatar los vestigios de estas civilizaciones desaparecidas. El poeta hurga